

# La Divina Primavera

Una popular creencia moderna, la cual caracteriza a cada época, es en efecto que nuestros antepasados eran gente ignorante. Esta idea es paralela a la experiencia del individuo - nosotros miramos atrás despreciablemente a nuestro estado de ser del año pasado y nos preguntamos como podíamos haber sido ser tan inferiores a nuestras exaltadas condiciones actuales, y las faltas del presente estado viene a la luz sólo retrospectivamente después de haberse pasado un año más. Ahora bien, es la verdad que nuestros antecesores eran, en comparación a nosotros, ignorantes, y que su ignorancia se expresaba en la superstición: quemaban brujas y antes de esa practicaban la magia negra, y aún antes de esa se sentaban sobre pilares por años a la vez. Mientras nosotros, beneficiados por la invasión de la ciencia, damos cuenta que la vida sobre un pilar no es saludable, y que aun si pudiéramos evocar montañas de oro, no solucionarían nuestro problema económico. Hablando desde un punto de vista materialista, el hombre común de hoy, que no tiene miedo de duendes y no usa asafoetidas alrededor de su cuello, puede mirar atrás con aire condescendiente al pasado y llamarlo ignorante y supersticioso; los científicos han sacado las ficciones del mundo, así que un gallo puede cantar ahora sin mandar a los fantasmas a sus tumbas de nuevo, y las luces que revolotean sobre los pantanosos cementerios son sólo luciérnagas.

Sin embargo, tenemos nuestras supersticiones también y son ligadas a ficciones infinitamente más dañinas que las de las épocas anteriores porque son ficciones mentales, racionalizaciones, supuestamente aprobadas por la sabiduría moderna, y por lo tanto no son absueltas por gotas de agua bendita. Por ejemplo, muchas personas educadas imaginan que los miembros de otras razas o comunidades son inferiores, que la guerra es necesaria, que los individuos pueden pecar sin perjudicar el grupo, que el progreso es una ilusión; creen que el hombre es un animal, el universo auto-creado, y la religión un medio de apaciguar a las masas; que la inmortalidad es sólo la perpetuidad de la raza, y la oración solamente una expresión de miedo, o una demanda para la violación oportuna de la ley natural; y la base de su pensamiento es esta - que Dios es un Bien colectivamente forjado, que ha evolucionado desde un árbol o una estrella hasta una Idea despersonalizada.

El amor de Dios, no es un amor montado sobre teorías ni tiene su origen en temores; no es una filosofía sintética, ni una superstición restaurada; es una adoración que honra el conocimiento. Esta tierra hoy en día es Tierra Santa, fragante con los pasos de Aquel Quien ha probado, para que todos los hombres vean, que Dios está cerca de nosotros - más cerca que la vena vital - que nuestras

vidas son Suyas, nuestros hechos responsables a Él, nuestro crecimiento a través de todos Sus mundos realizado por Su permiso.

El nuevo Amor de Dios que ha despertado a la vida, en el siglo diecinueve, circunda los máximos límites de pensamientos de los hombres; es un presagio que hizo a Bacon sentir que el ‘solo tañe una campanilla...’ y a Newton que sólo estaba jugando con guijarros de una orilla, y a Pupin que ‘El sonido es la voz de Dios’. Es el Amor nacido de la Manifestación de Dios, el Ser Humano perfecto Quien refleja a la humanidad la Omnisciencia, la ternura y la justicia de Dios.

El Amor de Dios por medio de Su Manifestación no es asumido fácilmente ni arrojado ligeramente. No es un amor humano, marchitando a flores viejas y cintas desteñidas. Es la sangre de vida del alma, sin la cual no podemos desarrollar la conciencia más alta que es nuestra existencia cuando el cuerpo haya muerto. Los que no se esfuerzan, a través del servicio por el amor de Dios, en formar esta conciencia, no podrán vivir completamente más allá de la muerte. Como Emerson dijo en su Journals, ‘ya sabemos aquí si somos inmortales o no’; si nuestra vida es centrada alrededor del materialismo, ésta termina con la muerte.

‘Abdu’l-Bahá, el Intérprete Autorizado de la Fe bahá’í dice:

***“Esta piedra y este hombre existen; pero la piedra con relación a la existencia del hombre es inexistente... De la misma manera las almas que están veladas de Dios, aunque existen en este mundo y en el mundo después de la muerte, son, en comparación con la existencia divina de los hijos del Reino de Dios, inexistentes y separados de Dios.”***

Ciertamente, si nuestros intereses no sean terrenales, entonces son dirigidos a la realidad. ‘Abdu'l-Bahá nos explica que más lejos estamos de uno, más cerca estamos del otro.

Nuestro mundo moderno es hecho huérfano por su superstición. Debemos recurrirnos al amor de Dios, el cual florece en las primaveras del mundo, cuando Dios camina, de nuevo, con nosotros. Debemos aprender que lo que los hombres siempre han esperado, no es un expediente del ego humano, sino la realidad; que Dios nos toma por la mano, y que la tierra es la senda hacia el Cielo; que nuestro anhelo no está en vano, que nuestros sueños no son el mero vestigio de los siglos. Debemos unirnos de nuevo en el amor de nuestro Dios.

***“¡He aquí, el invierno ha pasado! ¡La Primavera Divina ha llegado, por cuanto la Festividad del Todo Misericordioso se aproxima! ¡Regocijaos con suma alegría y daos prisa para lograr la Presencia de Aquel Quien es el Objeto de la adoración, El Omnisciente, el Sapientísimo!”***